

Metz; y en las *Definiciones médicas* de Gorvis se explican los términos técnicos con gran conocimiento de la lengua y de la ciencia.

Hubiéramos debido relegar entre los charlatanes á Paracelso, porque su fama en Alemania fué una gran rémora, como en España la de los Árabes; y sin embargo, muchos alquimistas delirantes han sido excelentes médicos, y presentian los verdaderos principios de la economía viviente, y la necesidad de separar el estado de aquella del de la materia muerta; porque existen unas leyes para los cuerpos vivos y otras para los inanimados. El mismo Paracelso hizo servicios positivos á la ciencia, poniendo en uso nuevas medicinas ó preparándolas de distinta manera que lo habían sido hasta entónces. Sus prodigiosas curas eran debidas al mercurio y al opio. Acerca del primero se ignoraba casi enteramente el modo de prepararle; el otro era rechazado por los médicos como *frígido en cuarto grado*; pero Paracelso le había visto usar con profusion en Turquía, é introdujo como su antagonista el tártaro, así llamado porque quema al paciente como el infierno, por el ácido que contiene con el agua, la cal y el aceite. Indicó los principales defectos de la medicina en su tiempo, y las reformas que necesitaba, puso en ridículo la farmacia antigua, y consiguió que se creyesen posibles muchas cosas nuevas, destruyendo por tanto la sistemática repugnancia que á ellas se tenía. Pero insultaba descaradamente á aquellos á quienes copiaba, y conmovia la multitud sin dirigirla á una revolución, como hubiera podido hacerlo con aquella sagacidad particular que poseía, y que si bien no debe confundirse con el genio, conduce á descubrimientos inaccesibles á la prudente moderación.

Algunos con Paracelso se obstinaban en aplicar siempre unos mismos específicos, sin cuidarse de los síntomas; otros querían unir á las teorías de Galeno lo que parecía admisible de Paracelso; otros le impugnaron abiertamente, y Gaspar Hoffman con especialidad en el libro *De barbarie imminente*.

Mas de uno se había atrevido ya á hacer frente al peligro de salir del camino trillado; y después que Pedro Ramusio despreció á Aristóteles y á los escolásticos, Juan Fernel de Amiens preguntó la verdad á la naturaleza, no á Hipócrates ni á Galeno; y se sirvieron con entera libertad de su razón el profesor de Pavia, Juan Selvático, Julio Alejandrino de Neustein, Servet y Pedro Brissot. Juan Argentieri de Chieri impugnó en la nueva universidad de Turin á Galeno y á los admiradores de los antiguos (1),

(1) *De erroribus veterum medicorum*, 1533. In artem medicinalem Galeni, 1536. — « Oportet (scribere) de scriptoribus ita sentire ut eos homines agnoscamus, et non tamquam deos veneremur, nobisque antiquam libertatem relinquamus... Probationes ex nostris sensibus, nostroque ingenio ducamus. Nemini credamus, sed liberi contra omnes quod putemus verum proferamus. Eorum opiniones refellamus qui in magno sunt precio, quorum autoritas infirmis ingenii obesse potest. »

rechazando los sofismas del horror al vacío y la infinidad de espíritus á que recurría la escuela galénica para explicar las funciones; negó que la voluntad del alma tuviese fuerza medicinal, y se la atribuye á las leyes de la naturaleza; dijo que las diversas facultades intelectuales no residían en determinadas partes del cerebro, aseguró que las venas no nacen del hígado, y discurió razonablemente acerca del sueño. También combatió á Galeno su discípulo Jerónimo Capovacca, profesor de Padua, sin que por esto se separase siempre de sus doctrinas. Fortunato Fedele denunció muchos errores comunes, estableció reglas de filosofía médica, y recomendaba que los estudios se limitasen á conservar ó restituir la salud, dejando lo demás á la filosofía abstracta; impugnó á los que abusaban de los medicamentos, aconsejando que no se creyese en los prodigios atribuidos á los remedios, y que se desterrasen los amuletos.

Otros buenos observadores desvanecieron muchos hechos generalmente creídos, y que sin embargo existían solamente en la fantasía; pero aun los mas despreocupados seguían sin embargo los métodos escolásticos, y creían en las pretendidas cualidades elementales: ponían especialmente su cuidado en los síntomas, y atribuían una importancia excesiva á la orina y á los casos críticos, respecto de los cuales dió Fracastoro una teoría en extremo ingeniosa, pero meramente especulativa.

Se necesitaba un gran valor para combatir aquellos errores que contaban muchos siglos; y por lo mismo no acusamos á estos ilustres médicos, aunque notamos en ellos algunos restos de los antiguos sofismas. Apenas puede creerse que el haber insinuado Brissot que no era necesario sangrar lo mas léjos posible del punto de la inflamación, promoviese una contienda tan ruidosa como las religiosas, en la que todos los médicos se dividieron en dos campos, partidarios de la sangría á la arábica ó á la griega, de la revulsión y de la derivación; sistemas que fueron desechados cuando se conoció la circulación. Por su aversión á los médicos franceses que rechazaban la sangría, Leon Botalli de Asti enseñó que del mismo modo que en un manantial cuanto mas agua mala se saca, mas mana mejorándose, y en los pechos cuanto mas leche se chupa, mas acude y de mejor calidad, así sucede con la sangre; de manera que aquello fué un diluvio de sangrías para toda clase de enfermedades. Otros, por el contrario, lo esperaban todo del agua y de los baños, sobre lo cual se escribieron muchísimos libros que fueron recopilados en su mayor parte en un volumen impreso en Venecia en 1553: *De balneis*, etc.

La escarlata, que en 1505 desoló la Italia, y que la recorrió varias veces, fué descrita con exactitud por Jerónimo Cardano, y posteriormente trataron de ella con especialidad Fracastoro, Massa y Andres Trevisio. Otros escribieron de la tos convulsiva, del catarro epidémico, de

ocurrir y de otros particulares á su siglo, como de los filtros y del uso del tormento.

### CAPÍTULO XXXVIII

Literatura francesa.

Hemos podido extendernos sobre la literatura italiana (cap. 10), sin hablar de las demás, porque eran desconocidas en Italia; pero las flores de aquella, que habían sido extraordinariamente precoces, se marchitaron en breve, al paso que produjeron frutos en otras naciones que habían aprendido de ella.

Si bien no pudieron los Franceses conquistar la Italia, adquirieron en cambio conocimientos, libros, gusto y amor á las artes y á las letras (1). Luis XII mandó formar al monje Gaguin una biblioteca que fué la mas rica de aquel tiempo, se llevó las de los dominadores de Milan y Nápoles, y llamó á Juan Lascaris y á Jerónimo Aleandro; pero los literatos solo podían contar con una protección incierta y fugaz. Francisco I, honrado por condescendencia con el título de padre de las letras, se rodeaba de sabios y luego los iba persiguiendo poco á poco, y reprimía una libertad que le inspiraba miedo. Con el establecimiento del colegio real se renovó la afición al griego y al hebreo, si bien los celos que los grandes tenían de los literatos estrecharon el objeto de aquel establecimiento; y el estudio de las lenguas orientales parecía tener algo de herejía. Entre los que cultivaron el griego merece un lugar preferente Budeo, célebre erudito llamado el *prodigio de la Francia* por Erasmo, su émulo; Estéban Dolet, quemado á los treinta y siete años por hereje, el dulce Mureto y el inmenso Casaubon sostuvieron el honor del latín y de la erudición; y los Estéfani difundieron por medio de ediciones correctas y bien anotadas el conocimiento de los clásicos, en los cuales admiraba el rey la claridad de ideas, la noble regularidad y la precisa y elegante precisión.

Los eternos modelos del buen gusto no hacían descuidar la lengua nacional que ya se usaba en los tribunales; había sido discutida por los gramáticos, engalanada por los traductores y ordenada por las tentativas de innovación. Estas se sucedían con frecuencia unas á otras, como sucede generalmente con toda lengua que carece de literatura, pero no podían tomarse en cuenta los numerosos imitadores del *Roman de la Rose* ni de los *Reques franceses*, que á falta de genio se devanaban los sesos con nuevas dificultades. El uso del italiano, que estuvo en moda en la corte de Catalina, introdujo en el

escorbuto y de la lue venérea, que Berenguer de Carpi curó antes que nadie con el mercurio (1); la rafia se distinguía como una enfermedad particular. Sin embargo, se presentaron muchas ocasiones de observar la peste bubónica; y harían reír las causas que se le señalaban, si resucitándolas nuestro siglo no nos hubiese enseñado á perdonar. Baste decir que los mas explicaban el contagio por medio de la voluntad inmediata de Dios; y Paracelso distingue la peste natural de la sobrenatural ó procedente de los astros, especialmente de Saturno, devorador de los niños. En el siglo XVII se usaba un remedio semejante contra la lepra y otras enfermedades cutáneas. En una gruta llena de culebras, próxima á Bracciano, se introducía al enfermo después de haberle purgado, y empezaba á sudar á causa de lo elevado de aquella temperatura, sin embargo de que se le tendía en tierra enteramente desnudo, quedando á poco rato profundamente dormido. Atraídas las culebras por el olor del sudor salían á centenares de sus cuevas, se le rodeaban al cuerpo y le lamían blandamente sin causarle el menor daño; y como el menor movimiento del enfermo las asustaría y las pondría en fuga, se cuidaba de darle un soporífero. Al cabo de tres ó cuatro horas se le sacaba de la caverna, y así se seguía hasta su curación, que no tardaba en verificarse (2).

Era muy comun unir á la medicina las investigaciones y observaciones astrológicas: el obispo Lucas Guarico, Napolitano, se dedicó á la astrología y escribió sobre ella: los médicos Juan Antonio Magini, Ángel Forcio, Plácido Fosco, Guillermo Grattaroli, Clemente Clementino, Tomas Giannozzi y otros muchos unieron sus conocimientos con los astrológicos; el ilustre Fracastoro hace consistir las simpatías y antipatías en la influencia de las estrellas; y el Milanes Luis Settala en las manchas que salen en el cuerpo; pone en relación con los planetas todos los órganos y hasta la fisonomía y las arrugas; creyendo que el sol obra sobre la fuerza vital, la luna sobre la vegetación, Mercurio sobre la fantasía, Venus sobre las facultades apetitivas, Marte sobre las repulsivas, Júpiter sobre las naturales y Saturno sobre la memoria. Sin embargo, otros sabios como Baffi, de Perusa, Vallerioli, Mandella y Manardo (3) negaban á los cuerpos celestes semejante influencia. Es inútil nombrar la inmensa serie de secretistas y alquimistas.

Á esta época pertenecen los primeros tratados de medicina legal, principiando por el *De relationibus medicorum*, 1602, de Fortunato Fedele, que trató de todos los casos que hoy pueden

(1) Benvenuto Cellini le insulta diciendo que « con una de sus unturas emporé muchas decenas de señores y pobres caballeros, á quienes sacó muchos miles de ducados... y ahora andan por Roma todos los infelices que untó estropeados y de mala manera. »

(2) KIRCHER, *De arte magnetica*, lib. III, parte 7.

(3) RENZI, III, 68.

(1) Castiglioni en el *Cortésano* dice que « los Franceses no reconocen mas que la nobleza de las armas, y que no aprecian en nada lo demás; de manera que no solamente no aprecian las letras, sino que las aborrecen, y tienen á los literatos por hombres degradados, y parece que dicen un insulto á cualquiera cuando le llaman *clerc*. »

lenguaje una multitud de frases extranjeras que sin embargo le dieron riqueza y flexibilidad.

J. Amyot. 1513-93. El reformador Calvino hizo que progresase la lengua al emplearla en las disputas, y el estilo de su *Institucion cristiana* es mucho mas enérgico y austero que en los otros libros de aquel siglo. Cuando Jacobo Amyot tradujo el Plutarco, empleó todo cuanto tenia de dulce y armónico la lengua francesa, y usó nuevos giros, idiotismos nacionales y una flexibilidad de que Calvino carecia, uniendo la naturalidad de la traduccion á lo artificioso del texto. Este concienzudo trabajo fué secundado por De Vayr, traductor de Horacio, de Ciceron y de Demóstenes; por Coeffeteau y por Vaugelas, traductores de Floro y de Curcio; y posteriormente por Montaigne, con aquella estimable sencillez que evita igualmente los latinismos y los largos períodos. Llegó el lenguaje á tener una extraordinaria viveza en la *Sátira menippea* y en los demas libelos del tiempo de la Liga, para tocar á su apogeo en la polémica cristiana.

Marot. 1495-1544.

Todas las obras de aquel tiempo estaban impregnadas de las pasiones del momento, y abundaban en exageraciones personales que las hacian eficaces en sumo grado para aquella época, pero carecian de elevacion, y no podian, por tanto, ser universales. Clemente Marot se dedicó con preferencia á los novelistas franceses, descuriendo los clásicos (1); adoptó aquella mitología simbólica que usaban, y se sirvió de las nuevas ideas de Villon, perfeccionando las formas sin inventar ninguna, ni mejorar la prosodia francesa; escribió conforme al carácter alegre y á la frívola sensualidad de la corte de Francisco I; galanteó á las damas sin delicadeza y se vanagloriaba de ello; llegando hasta declarar su amor á Margarita de Valois y á Diana de Poitiers, y si hemos de creerle, no lo hizo sin premio. Fué hecho prisionero con el rey en Pavía; al volver fué puesto en la cárcel y luego desterrado por sus imprudencias; sufrió siempre sus desgracias poéticamente, es decir, cantándolas; fué echado de Ginebra por inmoral y murió en Turin lleno de miseria. Tan varias como su vida son sus poesías, siempre vivas, tal vez maliciosas, nunca sublimes; tenia gran facilidad para expresar sentimientos individuales; fueron en gran número sus adversarios y en mayor aun sus imitadores; y aun los satíricos hallaron algo de que pudieran servirse en sus poesías. Se inclinó al calvinismo, acaso porque agradaba á las damas, y tradujo los salmos que cantaban con aires de romanzas; y habiéndolos censurado la Sorbona, tuvieron una aceptación que no merecian.

Francisco I dejó muchas poesías, suyas sola-

(1) J'ai leu des saints la Légende dorée;  
J'ai leu Alain, le très-noble orateur;  
Et Lancelot, le très-plaisant menteur:  
J'ai leu aussi le Romant de la Rose,  
Maistre en amours, et Valère et Orose  
Contans les faits des antiques Romains.

mente acaso porque las pagaba; pero Margarita, su hermana, de quien Marot fué camarero y acaso otra cosa, escribió un *Heptameron* ó relaciones morales por la intencion, pero en realidad muy escandalosas, segun lo permitia la conversacion de entónces. Confiesa que quiso imitar á Boccaccio, excepto en que dice solamente la verdad; saca á plaza personajes reales, la corte y á sí misma, siendo sus pasiones vivas, aunque libertinas. Luego prevaleció en ella el sentimiento religioso producido acaso por su trato con los reformados, y en los versos impresos por su camarero con el título de *Margarita de la Margarita de las princesas*, se deja llevar de continuos arrebatos religiosos; pero carece de finura y delicadeza de sentimientos. En todos estos escritores no se halla formada la lengua, pero cada uno la sella con su carácter particular.

De repente apareció una *pleyade francesa* en contra de los rudos cancioneros de la corte, con la pretension de que la poesía lírica no habia producido hasta entónces frutos que pudieran compararse con los de los antiguos ni de los Italianos; de que se abandonasen las formas ligeras buenas á lo mas para los juegos florales de Tolosa ó para el pozo de Ruan; que se imitasen las odas, la epopeya y la tragedia de los clásicos, y que se desterrase el estilo familiar como contrario á la dignidad. Del mismo modo que pretendieron construir casas modernas con los despojos del templo de Delfos (1), trataron tambien de reformar la lengua fecundándola con la antigua y añadiéndole palabras de algunos dialectos; y por tanto llegó á ser una lengua no popular, sino literaria y atestada de voces latinas y griegas, hasta que el buen sentido la fué á buscar en los labios del pueblo. La lengua antigua debia producir el retroceso en las ideas y el olvido de la historia, y por consecuencia solo se hablaba y se cantaba al Olimpo y á las ninfas.

El astro mas brillante de la pléyade fué Pedro Ronsard, sacerdote que combatió á los hugonotes, *milagro del arte, y prodigio de la naturaleza*. Montaigne le saluda con el nombre de *igual á los antiguos*; sus obras se explicaban públicamente en Flándes, en Inglaterra, en Polonia y en Danzick; recibió del tribunal de Tolosa en lugar de la rosa, una Minerva de plata maciza; de María Estuardo, que se hallaba presa, un Parnaso de plata, y del papa un sincero agradecimiento por haber combatido á los *predicadorillos* de Ginebra: tuvo la dicha de vivir satisfecho y adulado como un rey, sin verse precisado á sufrir los embates que experimentan los que se adelantan á su siglo. Sin embargo era hinchado y trivial, se inspiraba

(1) Dubellay, que era jefe de aquella escuadra con Ronsard y Baif, decía: « Là doncques, François, marchez courageusement vers cette superbe cité romaine, et des serves déponilles d'elle (comme vous avez fait plusieurs fois) ornez vos temples et vos autels... Pillez-moi sans conscience les sacrés trésors de ce temple delphique, ainsi que vous avez fait autrefois. »

con reminiscencias decrepitas, imitaba sin gusto, era presuntuoso como un pedante y usaba palabras nuevas compuestas del griego, del latin y de varios dialectos, formando una jerga vaga, sin unidad ni analogía (1). Para ser poeta carecia de aquel númen que es capaz de hacer duraderas las innovaciones; pero introdujo gran variedad de ritmos, fijó la prosodia (2), y aunque él y sus adeptos no comprendieron que cada lengua tiene distintos caracteres, ni que no les es dado cambiarlos á un hombre ni á una sociedad; y aunque aquel sistemático edificio de pura remeniscencia cayó en medio de la general desaprobacion, dieron sin embargo riqueza á la lengua.

E. Jodelle. 1532-73.

Entre sus pedantes compañeros se hallaba Estéban Jodelle, que tratando de reemplazar con ventaja los misterios, las farsas y las moralidades, y tomando por modelo á los antiguos, compuso la *Cleopatra* con coros, que fué recitada por jóvenes, haciendo él el papel de la protagonista, con lo cual echó los cimientos del infiel y elegante teatro frances. Escribió tambien una comedia; pero lejos de parecerse á Shakspeare, se desata en declamaciones, viste sus personajes á la francesa, y amontona los hechos dentro de las unidades escolásticas. Murió pobre á la edad de cuarenta y un años, y la turba que le siguió no hizo mas que plagiar á los antiguos, abandonando las incorrectas pero grandiosas concepciones de la edad media, para reducirse á la mas absoluta esterilidad de invenciones y á la medianía, que es peor que la ignorancia. Aun cuando trataban de asuntos modernos, como la muerte de Guisa ó de María Estuardo, lo hacian con ideas y formas antiguas, y siempre en discursos interminables.

1516-1606.

Los mismos discípulos de Ronsard inauguraron la reaccion contra aquel extraviado innovador, y Felipe Desportes abandonó lo que Boileau llamaba *fausto pedantesco de sus grandes palabras*, y la pompa de las imágenes, exagerada aun por Du Bartas, autor de *la Semana* ó creacion del mundo, que tan contraria era á la índole de la poesía francesa en que todo eran ideas y pasiones. Francisco Malherbe de Caen fué quien llevó especialmente á cabo la reforma. En vano gritaron los fautores de la pléyade, en vano escribió la señorita de Gournay (*Defense de la poésie et du langage des poètes*) en defensa de aquellas obras brillantes de hipotiposis, de novedad, de valentía y de generosidad: Malherbe las combatió y se rebeló contra los modelos que habia seguido, no obstante que apreciaba á los Griegos y Latinos tanto como á

Malherbe. 1585-1628.

(1) Saint-Beuve ha dedicado un volumen entero á realzar las buenas cualidades de Ronsard. Véase tambien su *Tableau historique et critique de la poésie française et du théâtre français au XVI<sup>e</sup> siècle*. Paris, 1843.

(2) Tanto algunos escritores de Italia como Ronsard y Baif, Pasquier, Rapin y otros intentaron hacer versos como el siguiente distico de Jodelle:

Phébus, Amour, Cypris veut sauver, nourrir et orner  
Ton vers, cœur et chef, d'ombres, de flammes, de fleurs.

la pléyade, que llamaba á Horacio su breviario, y que copiaba á los Italianos, especialmente en las *Lágrimas de San Pedro*. Comprendiendo el carácter de su lengua, desterró las locuciones pedantescas y triviales, y aunque era de Normandía, conoció bien el dialecto de Paris. Sus contemporáneos se burlaban de él, porque segun decian era un *tirano de las palabras y de las silabas*, que discutia como si fuese un asunto de Estado acerca de la diferencia entre *point y pas* y sobre el género de *erreux y doute*, y que aun hallándose en la agonía iba apuntando los barbarismos de la enfermera á pesar de las exhortaciones del confesor; pero comprendió muy bien que la eleccion de los términos y de los pensamientos es necesaria para llegar á la verdadera elocuencia; creó el estilo elevado, halló por sentimiento las reglas de la versificación, que hoy están en uso, y sus obras han quedado como modelo de frases y de armonía imitativa. Sin embargo, el que las lea despues de haber visto lo que de él dice Boileau, no puede ménos de sorprenderse, porque le falta delicadeza en los pensamientos y en la expresion, y dignidad en las alabanzas, con la circunstancia de ser prosaico las mas veces: en una palabra, es mejor que los precedentes, pero no bueno. De lamentar es que la fria crítica cortase los vuelos á las inspiraciones ingenuas y que la musa francesa supiese tan temprano lo que habia de evitar, pues de este modo la desviaron de las inspiraciones espontáneas y de las impresiones naturales para que adquiriese el epíteto de *sábia y modesta* que le daba Ménage.

Solo existia originalidad en los escritores satíricos, los cuales tenian demasiada materia para ejercer su oficio. Los que mas sobresalieron en él fueron los siete autores de la *Sátira menippea*, mezcla de prosa y verso, para poner en ridículo á la Liga, y en que todo era viveza y movimiento, y cuyo estilo tenia una extraordinaria ligereza y gracia, porque era el que el pueblo usaba. La ideó Pedro Leroy, canónigo de Ruan, y Juan Passerat y otros le ayudaron á pintar aquel cuadro que habia de dar á Enrique IV tantos triunfos como las armas. Maturino Regnier de Châtres, que se crió entre lo mas abyecto de la sociedad, y que habiendo hecho un viaje á Roma no vió mas que cosas ridículas, y murió en una orgía á los cuarenta años, fué uno de los mejores y mas desvergonzados satíricos; y aunque inferior á Boileau en cultura, le excedió en estro, siendo ademas el poeta de mas númen de la Francia, exceptuando á Rabelais. Puede decirse que creó la sátira regular en su país, pues no la tomó de los Latinos sino de trovadores, del pueblo y de los escritores burlescos; y hasta Boileau que tanto desprecio muestra hácia los poetas viejos, dice que « Regnier es el poeta frances que ántes de Molière ha conocido mejor el carácter y las costumbres de los hombres (1). »

Sátira menippea. 1533.

Regnier. 1573-1613.

(1) Refl. V sur Longin.

1530-1630. El protestante Teodoro Agripa, de Aubigné, fué el Juvenal de su siglo; perteneció á la secta de los hugonotes, siguió la carrera de las armas, vivió algun tiempo desterrado de su patria y fué notable por su cinismo: se inspiraba con las sátiras políticas, tenia un estilo tan elevado como Dante, y lanzaba rayos sin misericordia con su robusto estilo desconocido hasta entónces, siendo sus obras quemadas por el verdugo en tiempo de Luis XIII.

Rabelais. 1483-1553. Francisco Rabelais de Chinon dió nueva dirección á las novelas que seguian siendo licenciosas y á los romances frívolos. Aunque educado en la tienda de su padre, aprendió todas las lenguas vivas y muertas, y se hizo benedictino pasando despues á un convento de San Francisco, en donde concibió un grande ódio y desprecio hácia los monjes. Con su ingenio y sus conocimientos se hizo querer de Francisco I y de Enrique II; pasó á Roma con De Bellay, é hizo que se riesen de él el papa y los cardenales, mientras estuvo haciendo observaciones para reirse de ellos (1). En cierta ocasion se colocó en el sitio de una estatua de San Francisco, y habiendo sido descubierta por sus carcajadas, fué condenado á prision perpétua, pero le perdonó Clemente VII. Entónces huyó á Montpellier á estudiar medicina, donde tradujo el Hipócrates, adquiriendo tal reputacion que los doctorandos se ponian la toga de Rabelais. Finalmente obtuvo el curato de Meudon, donde vivió tranquilo y murió diciendo: *Voy á buscar un gran acaso.*

El libro que mas ruido hizo en aquel tiempo fué su *Gigante Gargantua y Pantagruel, su hijo*, cuyo objeto era ridiculizar las novelas caballerescas de la corte de Francisco I. La inesperada acogida que mereció aquella graciosa obra le indujo á hacer una nueva edicion considerablemente aumentada, y viéndose aplaudido, se dedicó enteramente á la novela burlesca y extravagante, y vió « que se vendian mas en dos meses que Biblias en nueve años. » Se componen sus novelas de caricaturas de todas las clases de la sociedad, y en ellas todo es ingenio, todo imaginacion, todo esa cinica libertad que lleva las cosas al extremo, sin respetar mas á Calvino que al papa, ni á Cristo mas que á Lutero. En ellas se halla confundido lo festivo de los Franceses, las bufonadas de aquella época, las extravagantes alegorías de la edad média y la nueva erudicion; lo están tambien el papa y el sacristan de su parroquia, el suplicio de Servet y la *divina botella*, médicos y soldados, poetas y frailes, obispos, cardenales, reyes; todo lo cree sometido á los privilegios del sarcasmo; todo le parece bien con tal que dé pábulo á su alegría, y á las burlas que dirige á la locura universal. Para ocultar sus ideas de modo que se trasluzca su intencion, dice bufonadas que rayan en lo absurdo, y da extravagantes proporciones á su Gargantua

(1) Delecluze y Saint-Beuve han tratado de pintar el lado serio del carácter de Rabelais.

y Pantagruel, para que el vulgo vea solo juegos de imaginacion donde en realidad hay alusiones; sostiene tesis absurdas para entre ellas poder decir verdades oportunas, y zaherir á Roma, á los frailes, á la Sorbona y á los intolerantes en materias religiosas. Pero quiere que se obre como los perros, « los animales mas filosóficos del mundo, que cuando encuentran un hueso, dan vueltas al rededor de él con ansia y cuidado con el solo fin de sacar un poco de sustancia. » Al mismo tiempo abunda en impiedades; en la genealogía de Gargantua parodia la de Cristo; en el nacimiento de Pantagruel se mofa de la Encarnacion, y en la relacion de Epistemono resucitado se burla del dogma de la vida futura. Á la vez que escarnece á los frailes, á los monjes, á la castidad y á la abstinencia, pone en ridiculo el matrimonio. ¿Qué quiere el que impugna los votos monásticos y combate el matrimonio? En una palabra, es el bufon de la Reforma, cuyo héroe fué Lutero. En breve se tocaron los efectos de sus ideas, y las burlas se convirtieron en sangre.

Entónces, en medio de los furores de la Liga, tronó con impetu desde los púlpitos la elocuencia, toda invectiva y furores demagógicos, excitando hasta al asesinato. Feliz uso hicieron de ella en los tribunales Duprat, Marillac, Pasquier y otros; pero imitaban demasiado á los antiguos; de modo que, para aquel reducido auditorio y para tratar cuestiones insignificantes, empequeñecian las escenas del Foro y del mercado, para manifestar erudicion y verbosidad.

El vicio de la erudicion es comun en los escritores de aquel tiempo sin exceptuar á Maquiavelo ni á Montaigne, que multiplicaban las citas ménos como ilustracion que como adorno, en menoscabo de la claridad. Y así como en el siglo precedente la poesia fué invadida por la alegoría, en este lo fué por la mitología. Apareció una pulga en el pecho de la hermosa cuanto culta madama Des-Roches en una gran fiesta de Poitiers, y cien poetas, especialmente José Scaligero, la cantaron y volvieron á cantar con una insistencia tan extremada y procaz como la del insecto.

### CAPÍTULO XXXIX

Literatura española.

Ocupada España en librarse de sus enemigos y en conquistar derechos para el pueblo, tomaba nuevas fuerzas para la lucha cantando en los romances los héroes de los tiempos pasados; pero no podia dedicarse con tranquilidad á las letras ni unir la gloria literaria á la de las armas. Ya, no obstante, habian brillado algunos destellos ántes que en el cultivo de las letras se emplease la energía adquirida en sus largas contiendas, y naciese de ellas una literatura, si bien fruto de elementos diferentes,

única por su indole y tendencias é impregnada, quizá mas que ninguna de Europa, en el carácter y sentimiento nacional. Cobró gran impulso la prosa ántes y mejor que en cualquiera otra lengua de familia latina, no por obra de los eruditos, sino de los jurisconsultos y de los militares, y empleada en la legislación y en los negocios, se vió que tenia viveza, claridad y flexibilidad, y al mismo tiempo que era regular, ajena á la negligencia, y adaptable al uso práctico y político, aun cuando ningun gran filósofo se hubiese servido de ella. En el siglo que vamos describiendo se perfeccionó, gracias al estudio de los clásicos, especialmente de Séneca, tan apreciado en España como en Italia Ciceron; pero no predominó la imitacion de la antigüedad, inclinándose mas bien á la vida real y presente.

Boscan. 1500. Juan Boscan Almogáver, natural de Barcelona, por consejo de Andres Navajero, embajador de Venecia cerca del emperador Carlos V, se aficionó á los clásicos italianos, y se propuso hermohear la robusta literatura de su patria: tomó por modelo á Petrarca, sin renunciar por esto á la valentía de colorido, á las apasionadas hipéboles, ni á la exaltacion de sentimientos de España; y suplió la escasez de inventiva con la tersura y elegancia del estilo. Le secundó Garcilaso de la Vega, natural de Toledo, que se formó con la lectura de Virgilio, Petrarca y Sannazaro, y como este último se prendó de lo bello y de la vida campestre, y á veces emuló la dulzura de aquellos al cantar las dichas de los pastores y las amarguras del amor con ese tinte de melancolía que imprime á sus versos todo el que escribe léjos de su patria. Porque Garcilaso pasó su vida entre el estruendo de las armas; combatió contra los Turcos en Austria, contra los Berberiscos en Túnez, hasta que sucumbió en un asalto en la Provenza. Boscan y Garcilaso á la *redondilla* y al verso de *arte mayor*, únicas formas nacionales conocidas entónces, unieron el endecasílabo de los Italianos, el soneto, la cancion, la octava y el terceto.

De la Vega. 1503-36. Á las innovaciones introducidas por la escuela andaluza se opusieron varios escritores con igual denuedo que si se tratara de combatir una herejía, y en particular Cristóbal del Castillejo, á quien los nuevos versos parecian flojos, y propios solo para los Italianos y para las mujeres: no queria nada que ofendiera al oído y se apartara de la prosa; pero afortunadamente nadie le hizo caso.

Mendoza. 1503-75. Hábil capitan y entendido político fué Don Diego Hurtado de Mendoza, natural de Granada. Su padre, llamado el gran conde de Tendilla, fué nombrado por Fernando el Católico gobernador de Granada no bien la rescató del poder de los Moros, con objeto de que pusiera bajo el dominio de sus leyes á tanto ánimo indócil, empleando ora la energía, ora la clemencia para acallar los lamentos, las quejas ó las imprecaciones, y evitar ó apaciguar las revueltas de cualquier clase que pudiesen surgir. Á la som-

bra de estos acontecimientos se educó Don Diego: profundo conocedor de las lenguas orientales y eminente filósofo; sirvió la embajada de Venecia y de España en el concilio de Trento, y en otros pueblos; colocado con esta doble posicion de engañador y engañado, exclama á veces: *¡Qué gente tan miserable son los embajadores!* Contribuyó en Italia á destruir los restos de su pasada independencia, hostilizando primeramente á Siena en union de Cosme de Médicis, y despues abatiendo á los hombres de ánimo generoso, ya por medio de la perfidia, ya por medio de abultados procesos, hasta que Carlos V, movido de la execracion pública, le llamó á su lado. Fué, no obstante, uno de los mas decididos sostenedores de las letras; rebuscaba y recogia manuscritos en todas partes ó monumentos de la antigüedad, y despachó algunos comisionados á Oriente con el mismo objeto, estando, como estaba, en relaciones con Soliman para adquirirlos mas fácilmente. Durante su prision en Roma, ocasionada por sus violencias y su destierro en Granada, escribió la historia del levantamiento de los Moros de las Alpujarras, á la manera antigua á pesar de que se trataba de cosas nuevas. Acérrimo partidario de Salustio y Tácito, abusa de los arcaísmos: á la magnificencia sacrifica la naturalidad; y diga lo que quiera Sismondi, no saca todo el partido que es de desear de su conocimiento de los hombres y de la política, ni reconoce otro objeto ni pretende otra cosa mas que el engrandecimiento del arte y la perfeccion del estilo.

Como poeta, por su dulzura, puede colocarse al lado de Boscan y Garcilaso, pero les supera en la eleccion y elevacion del asunto y en cierta moderacion de deseos y virtudes domésticas, que no era de esperar del opresor de Siena y del corruptor de las damas romanas. En sus mocedades, escribió las *Aventuras del Lazarillo de Tórmes*, primera novela del género *picaresco*, que es al que mas se presta el carácter de los Españoles. El héroe de ella es un galopin, emporio de todos los vicios, que introduciéndose en calidad de criado en várias casas, tiene ocasion de copiar del natural la miserable fastuosidad, la mezquina magnificencia y la altiva holgazanería de los Castellanos, ántes que conquistasen á Europa y á América. Si sirve á un cura, apenas puede vivir con los pedazos de pan que hurta echando la culpa á los ratones; si á un noble escudero, le tratan con gran consideracion en la iglesia y el paseo, pero la hora de sentarse á la mesa nunca llega, ántes bien se ve precisado á pedir limosna y con los mendrugos que recoge le mantiene. Una panadera, una zapatera, una costurera, la mujer de un albañil, una modista, una tocinera, una vendedora de limonada, le admiten á su servicio y le llevan tras sí á misa; pero apenas le dan entre todas para saciar el hambre. De este recurso se vale para pintar á la aristocracia de los nobles, de los sacerdotes y los militares,